

Polarizados

La política que nos divide

Luis
Miller



La polarización en
España: a qué se debe
y cómo evitarla

DEUSTO

Polarizados

La política que nos divide

LUIS MILLER



EDICIONES DEUSTO

© Luis Miller, 2023

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.274-2023

ISBN: 978-84-234-3550-0

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
1. ¿Otra vez España dividida?	15
2. ¿Qué es la polarización?	41
3. ¿Quiénes son los míos?	71
4. ¿El país más polarizado del mundo?	95
5. ¿Por qué se polarizan los países?	133
6. ¿Cómo polarizan los partidos?	161
7. ¿Podemos acabar con la polarización a corto plazo?	189
8. ¿Es el consenso una herramienta de polarización?	215
Epílogo	229
Agradecimientos	235
Bibliografía	237

¿Otra vez España dividida?

Una buena parte de la sociedad española está harta de la política. Uno podría decir que esta afirmación representaba el estado de ánimo del país también hace diez, veinte y ochenta años, y, efectivamente, hay motivos para que ese hartazgo perdure en el tiempo. Pero otros no, y surgen nuevos elementos que hacen que la sensación de crisis política actual sea distinta. De eso va este libro, de qué hay de especial en esta vuelta a la política como problema. La tesis central del libro es que la sociedad española se encuentra cada vez más dividida, no sólo en el plano ideológico, sino también en otros que no ocupan tanto espacio en los telediarios, como el de las creencias, los valores, las emociones o los deseos acerca de lo que queremos que sea la política. La ciudadanía española está dividida en bloques ideológicos cada vez más compactos, y esto crea el caldo de cultivo para la confrontación, primero entre las élites políticas y, después, si nada lo remedia, entre la ciudadanía. Son demasiados los ejemplos de países que aún consideramos democráticos y que se hallan al borde del conflicto civil para que ignoremos las peores consecuencias del creciente enfrentamiento político en España.

Un segundo objetivo de este libro es desmontar un mito que ha vertebrado las interpretaciones que a lo largo de los últimos dos siglos se han hecho de las crisis políticas españolas. El mito

se refiere a que la explicación última del problema político español radica en el carácter de los ciudadanos que habitan este santo país. Mi formulación preferida de esta idea la realizó Manuel Azaña a través de uno de los personajes de *La velada en Benicarló*, el cual afirmaba que «El español es extremoso en sus juicios. Está enseñado a discurrir partiendo de premisas inconciliables».¹ Aunque es un adjetivo que apenas se usa hoy en día, *extremoso* es un término que define de forma muy precisa algunos comportamientos muy extendidos en la política de los tiempos del que fuera presidente de la Segunda República, así como de nuestros días. Según el *Diccionario de la lengua española*, *extremoso* es el «que no se modera o no guarda medio en afectos o acciones, sino que declina o da a un extremo».² Con una sola palabra, Azaña caracterizó lo que intentaré mostrar en este libro, esa tendencia política a bascular hacia los extremos, en los afectos y en las acciones. La diferencia entre el juicio expresado por el presidente de la República y lo que pretendo hacer en las próximas páginas es que Azaña consideraba que los españoles eran extremosos por carácter, por su psicología particular, como también lo habían entendido otros grandes pensadores que se ocuparon del mito de *las dos Españas*.³ En un artículo escrito en 1939 en Francia, el propio Azaña afirma:

El caso no se explica plenamente con hablar de la «ideología» política. [...] Habría que escudriñar lo que el carácter español, su energía explosiva, pone de violencia peculiar en todos los negocios de la vida. Y con qué facilidad el español sacrifica en público sus intereses más caros a los arrebatos del amor propio. Por otra parte, muchos españoles admiten y aplican —más o menos conscientemente— un concepto de la nacionalidad y lo nacional demasiado restringido. Según ese concepto, una sola manera de pensar y de creer, una sola

1. Azaña, Manuel, *La velada en Benicarló. Diálogo sobre la guerra en España*, Cátedra, Madrid, 2022.

2. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, <<https://dle.rae.es/extremoso>>.

3. Sobre el tema de «las dos Españas», véase: Juliá, Santos, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2015.

manera de comprender la tradición y de continuarla son auténticamente españolas. El patriotismo se identifica con la profesión de ciertos principios, políticos, religiosos u otros. Quienes no los profesan, o los contradicen, no son patriotas, no son buenos españoles; casi no son españoles. Son la «antipatria». Con semejante disposición de ánimo, todos los obstáculos se remueven fácilmente, y resulta posible hacer, invocando la patria, lo que, a juicio de otros hombres, menos convencidos del valor eterno de sus opiniones personales, puede conducir tan sólo a destruirla.⁴

Si un solo adjetivo, *extremoso*, define tendencias políticas tan actuales, el párrafo citado anticipa muchos de los temas que aparecerán en este libro. La relación entre la ideología política y los afectos o los sentimientos; el sacrificio irracional de los intereses individuales y colectivos por lo que Azaña llama *amor propio* y que yo llamaré *identidad personal*; el carácter restringido del concepto de nación y, me atrevería a decir, de cualquier manifestación política; el sentido autodestructivo de muchas de las acciones que observamos en la política y que tanto cuestan entender a los ciudadanos, y una disposición trágica ante la vida que nos lleva a aceptar que a pesar de que la política podría ser mucho más productiva para los intereses de las personas que habitan este país, se consume en disputas estériles que agotan la energía de la ciudadanía.

Este libro va sobre creencias y comportamientos políticos extremos, pero no sobre el carácter de los españoles. Ignoro si hay algo en el carácter patrio que nos hace más propensos a transitar por los extremos de la política y la vida, pero al menos hoy sabemos que ni este carácter es inmutable, ni España es, por supuesto, una excepción en la tendencia a extremarse. En última instancia veremos como *Spain is not so different*. Por tanto, el libro discurrirá más por una doble comparación, de la España actual con la de hace años, a veces décadas, y de las similitudes y diferencias de nuestro país con el resto de los países más avanzados económicamente. A lo largo del pasado, España dejó de ser

4. Azaña, Manuel, *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 2002.

un país atrasado, Europa dejó de empezar en los Pirineos y muchas de las fracturas sociales y económicas a las que Manuel Azaña atribuía las causas de la Guerra Civil han desaparecido. Aun así, y por motivos complejos que intentaré escrutar a lo largo del libro, España vuelve a ser un país profundamente dividido. Entender el sentido de esa división, sus posibles causas, consecuencias y, en la medida de lo posible, soluciones constituye el principal objetivo de este libro.

Comenzar un libro sobre política española con frases que el que fuera presidente de la Segunda República escribió en los años 1937 y 1939, en plena Guerra Civil y cuando ésta acababa de terminar, es cuando menos arriesgado. La guerra española se ha utilizado en demasiadas ocasiones para justificar argumentos partidistas, pero las palabras de Azaña suenan demasiado actuales para ignorarlas. Tras una larga dictadura durante la que, por razones obvias, no existía la confrontación política, España entró en la década de 1980 en un período de unos treinta años de estabilidad económica y política que hizo superar al país buena parte de los problemas estructurales que a juicio de la mayoría de los historiadores habían conducido al país al enfrentamiento civil. Pero nada es eterno y, desde la primera década de este siglo, las divisiones sociales y políticas entre españoles han comenzado a ocupar de nuevo el centro del debate público hasta conducirnos al período de profunda división política en el que nos encontramos. Soy muy consciente de que antes de continuar con este libro tendré que justificar suficientemente la afirmación de que España vuelve a estar dividida. A eso dedicaré las próximas páginas.

Al menos desde la transición a la democracia, la sociedad española nunca había estado tan dividida en términos políticos. Esto se refleja de un modo superficial en el grado de crispación y falta de acuerdo que los ciudadanos observan cada día en los medios de comunicación. Cuando terminé este libro, en el otoño de 2022, los telediarios dedican una ingente cantidad de tiempo al bloqueo político, a la falta de acuerdo para, por ejemplo, renovar los órganos de gobierno de la justicia en España. Pero el enfrentamiento político que origina esta falta de acuerdo sólo es la punta del iceberg de un proceso más profundo de división social al

que se están viendo sometidas la mayoría de las sociedades democráticas y económicamente avanzadas. Sobre este proceso se ha escrito mucho en los últimos años en el plano internacional, pero, por diversos motivos, aún no existe un relato compartido de por qué en España hemos alcanzado unos niveles tan altos de confrontación política. Mi interpretación es que estos altos niveles se deben a tres procesos, de largo, medio y corto plazo, que han contribuido a que España haya adelantado en la división política a países tradicionalmente más fragmentados que el nuestro. Si el pasado nos permite explicar por qué estamos hoy tan divididos, sobre el futuro sólo sabemos una cosa: la sociedad española estará más dividida políticamente en 2024 de lo que lo está en 2023. La exposición continuada a elecciones aumenta la división política, y el año 2023 se presenta como una gran campaña electoral sostenida a lo largo de más de doce meses. Si ya sabemos que vamos a estar mucho más divididos, merece la pena detenernos un momento a comprender las causas y las consecuencias de esa división.

La ciudadanía española está hoy más dividida políticamente, siguiendo el mismo patrón que se ha dado en la mayoría de los países desarrollados en las últimas décadas. Hoy, la distancia que separa en muchos temas a los votantes de los distintos partidos en España es mayor que a finales del siglo pasado. Esto se ve de forma muy clara en la posición ideológica de los españoles. En julio del año 2000, un 8 por ciento de los ciudadanos entrevistados por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) se identificaba con posiciones ideológicas extremas, en julio de 2022 eran más del 20 por ciento.⁵ La separación ideológica tiene su reflejo en el voto, y de un escenario en el cambio de siglo donde en torno al 80 por ciento de la población votaba a una de las dos formaciones políticas que peleaban por el centro político, ahora éstas apenas reciben la mitad del voto y ha crecido sustancial-

5. Por posiciones ideológicas extremas me refiero a los valores 1-2 y 9-10 de la escala de autoubicación ideológica. Los datos provienen de los barómetros de opinión pública del Centro de Investigaciones Sociológicas. Véase: <https://www.cis.es/cis/opencm/ES/11_barometros/index.jsp>.

mente el apoyo a formaciones situadas más hacia los extremos ideológicos. Esta tendencia es compartida por buena parte de los países más avanzados económicamente, en los que la ruptura de los sistemas de partidos políticos tradicionales ha sido una pauta común en las últimas décadas.⁶ Pero aunque el aumento de la separación ideológica de los españoles viene de lejos, las divisiones entre los ciudadanos españoles sobre temas sociales, políticos y económicos concretos eran sorprendentemente pequeñas en un año tan reciente como 2010. En la última década, sin embargo, estas divisiones han aumentado notablemente. Éste es el proceso de medio plazo al que me refería anteriormente, la división entre ciudadanos de distintas ideologías políticas y afinidades partidistas se ha disparado en la última década.

Antes de comenzar a mostrar algunas de las cuestiones en las que se ha disparado la división política entre españoles, quiero justificar dos características del tipo de comparaciones que voy a utilizar en este capítulo y a lo largo del libro. Primero, voy a comparar en todo momento las creencias, valores y preferencias de los votantes de los diversos partidos políticos. Se trata de una forma de representar las divisiones políticas que ya se utiliza con frecuencia en otros países, pero no está de más explicar por qué tiene sentido que sea así. En primer lugar, en las democracias, los partidos responden a los intereses y demandas de los ciudadanos, especialmente de aquellos que tienen una mayor propensión a votarlos. Es por eso por lo que, al conocer las características de sus votantes, entendemos mucho mejor hacia dónde se mueven los partidos. Pero, en segundo lugar, hay una razón más importante. Las divisiones políticas son cada vez más importantes para explicar otras divisiones sociales. Nos encontramos ante un proceso de agrupamiento de las distintas diferencias sociales, culturales y económicas en torno a grandes identidades políticas que le dan sentido a todo. Por último, fijarse en las características de los votantes también nos ayudará a entender dos cambios que se han producido al mismo tiempo en la política española de

6. Sobre este tema, véase: Sánchez-Cuenta, Ignacio, *El desorden político*, Catarata, Madrid, 2022.

la última década. Por una parte, el movimiento hacia los extremos de las dos fuerzas centrales de la política española: el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Popular (PP). Por otra, el surgimiento de nuevos partidos políticos que se han situado en posiciones más extremas que los partidos ya existentes. La combinación de ambos fenómenos es lo que hace que la política española de 2023 sea la más dividida de las últimas cuatro décadas en nuestro país.

Si la comparación más recurrente será entre votantes de los distintos partidos, el año que en la mayoría de las ocasiones servirá como punto de referencia para saber dónde estamos en la actualidad será 2010. He elegido 2010 para mostrar el aumento de la división social y política en España porque es el año anterior a un momento clave: el surgimiento del movimiento 15-M a mediados de 2011 y la victoria por mayoría absoluta del Partido Popular (PP) a finales de ese mismo año. Aunque las tendencias centrífugas en el plano ideológico venían de atrás, creo que el año 2011 inaugura un período de nuevas divisiones políticas que llega hasta nuestros días. Ese año, y los que siguieron, sentaron las bases ideológicas de lo que vendría después, empezando por donde siempre comienzan las disputas ideológicas: la economía. Éste también es un punto controvertido. La mayoría de los analistas vinculan el aumento de las divisiones políticas actuales a factores culturales, como el feminismo, el ecologismo, las actitudes frente a la inmigración o la politización de cuestiones de índole personal como el aborto o el matrimonio homosexual. Desde mi punto de vista, el punto de partida de la división política actual en España es la economía, como lo fue en el origen de la enorme división política del país que más se ha estudiado hasta la fecha, Estados Unidos. De ello me ocuparé un poco más adelante, pero por ahora volvamos a las divisiones actuales. Voy a detenerme en tres aspectos diferentes para mostrar cómo se ha dividido políticamente la sociedad española en temas tan alejados como las preferencias económicas, la visión de España o los valores.

Hay un elemento adicional que hace que el año 2011 suponga un antes y un después en la política española: el anuncio del cese definitivo de la actividad armada de la banda terrorista ETA el 20

de octubre de ese año. ETA había sido considerada como el principal enemigo de la democracia española desde la transición hasta bien entrado nuestro siglo y, aunque parezca hoy sorprendente, había hecho que la mayoría de los partidos políticos españoles alcanzaran importantes acuerdos para combatir el terrorismo. En el País Vasco, en el año 1988, fuerzas políticas que iban desde las conservadoras Alianza Popular o el Centro Democrático y Social, hasta el Partido Socialista de Euskadi o el Partido Nacionalista Vasco firmaron el Pacto de Ajuria Enea para erradicar el terrorismo de ETA. Años más tarde, el 27 de junio de 2002, el Congreso de los Diputados aprobó la ley de partidos políticos con un apoyo de más del 90 por ciento de los diputados. Esta ley permitió al año siguiente la ilegalización de Batasuna, partido vinculado a ETA. Sin duda, durante décadas, la lucha contra el terrorismo fue una fuente de acuerdos entre la mayoría del arco parlamentario, y en particular entre PSOE y PP. Aunque hasta donde sé no se ha relacionado en España la ausencia de terrorismo con la polarización política, creo que la existencia de ETA retrasó el proceso acelerado de división política que mostraré a continuación. Con ETA matando hubieran sido imposibles los amplios acuerdos entre la izquierda y el conjunto de las fuerzas nacionalistas que hemos visto en esta legislatura. Ésta es una idea que aún necesita trabajo y podría constituir, quizá, el germen de otro libro, pero por ahora sirve para seguir apuntalando el año 2011 como un punto de inflexión para entender el conflicto político en España. Un último motivo por el que no hay que perder de vista el terrorismo es que es precisamente cuando éste ha desaparecido cuando se ha incorporado como tema en la trifurca política entre los dos partidos mayoritarios. Todavía hoy, en 2023, la acusación al Gobierno por parte de la oposición de pactar las leyes con los *herederos* o *blanqueadores* de ETA sigue siendo un argumento constante. Volveré a ello a lo largo del libro.

España se ha sumado a una tendencia internacional de incremento de las divisiones políticas en las últimas décadas y, por motivos económicos y políticos, ha visto acelerarse este proceso divisivo en los últimos años. Pero existe aún un tercer elemento que ha hecho incrementar el ritmo de la división y enfrentamiento políticos: la moción de censura que acabó con el Gobierno de

Mariano Rajoy en junio de 2018. En ese momento se configuran dos bloques ideológicos que llegan hasta nuestros días. La coalición de izquierdas y fuerzas nacionalistas e independentistas que ha dado estabilidad al Gobierno de España desde ese momento no ha hecho sino reforzarse con el paso de los años y las distintas elecciones, del mismo modo que el bloque de la derecha ha proporcionado coaliciones de gobierno igualmente estables en el plano regional y municipal. Por tanto, la división política que observamos hoy en España es el resultado de tendencias internacionales, pero también de elementos idiosincráticos propios. Si no fuera así, sería difícil entender el fuerte aumento del conflicto político en un país que, en los últimos años, ha sobrevivido a las aguas turbulentas de la pandemia y las tensiones económicas derivadas de la invasión rusa de Ucrania de un modo más estable que muchos de los países de nuestro entorno.

Sí, como intentaré mostrar, la economía pudo tener un papel importante en las divisiones políticas producidas en la última década, últimamente parece que la política española se ha divorciado de la economía, algunos dirían que incluso lo ha hecho de la realidad, y ha emprendido un camino propio de división y desencuentro. Pero, antes de seguir, voy a intentar sentar las bases de por qué creo que no hemos estado tan divididos en los últimos cuarenta años.

Lo que nos divide

Empecemos por la economía.⁷ Durante más de treinta años, el CIS ha hecho a los españoles la siguiente pregunta: «¿Diría usted que lo que los españoles pagamos en impuestos es mucho, regular o poco?». En general, a las personas no nos gusta dema-

7. Todas las comparaciones que voy a realizar a continuación están basadas en datos del CIS. En concreto, utilizo sus estudios de opinión pública y política fiscal, los barómetros sanitarios, las encuestas preelectorales y poselectorales, y los barómetros de opinión pública de los años señalados en el texto. Existen otras fuentes para un año concreto, pero, por lo general, no permiten hacer comparaciones a lo largo del tiempo.

siado pagar impuestos, y menos de cinco de cada cien españoles han afirmado a lo largo de los años que pagamos *poco* en impuestos. Sin embargo, los cambios en la proporción de personas que dicen pagar *mucho* son muy significativos. Entre los votantes del PP apenas ha habido cambio en la última década.⁸ Tanto en 2010 como en 2022, algo más de la mitad de los votantes del PP (seis de cada diez) afirmaban que en España se pagaban muchos impuestos. Por el contrario, entre los votantes del PSOE el cambio ha sido dramático. En 2010 eran muy parecidos a los del PP, y la mitad se quejaba de los impuestos. En 2022 esta proporción ha caído a sólo dos de cada diez. La inmensa mayoría de los votantes socialistas ya no se quejan de los impuestos en España. Lo que resulta más relevante es que la diferencia entre el porcentaje de votantes del PP y del PSOE que piensan que se paga mucho en impuestos ha aumentado 26 puntos en una década. Los nuevos partidos no han hecho sino agrandar estas diferencias situándose a la izquierda y derecha de PSOE y PP, respectivamente. Como en el caso de los socialistas, sólo dos de cada diez de los votantes de Unidas Podemos (UP) piensan que se paga *mucho* en impuestos, mientras que ocho de cada diez votantes de Vox son de esa opinión. Todo esto hace que la diferencia entre los dos extremos del espectro político fuera de menos de 20 puntos en 2010 (los 17 que separaban a los votantes del PP e Izquierda Unida) y de casi 60 en 2022 (los 59 que separaban a Vox y UP). La visión de algo tan central como la intervención del Estado en la economía, en este caso a través de la recaudación de impuestos, ha cambiado radicalmente en los votantes españoles y el tamaño de la diferencia entre los extremos se ha multiplicado por más de tres. Pero aún más llamativo es que desde 1985 hasta 2020 la mayor diferencia entre dos partidos de ámbito nacional en España con respecto a esta pregunta nunca había sobrepasado los 25 puntos (por los 59 de ahora). Ésa era la distan-

8. Para identificar a los votantes de cada partido utilizo el recuerdo de voto, es decir, el partido que dicen haber votado en las elecciones inmediatamente anteriores. Por ejemplo, en 2022 la clasificación se realiza a partir de lo que dicen haber votado en las elecciones de noviembre de 2019.

cia que separaba a Alianza Popular (tres de cada cuatro de sus votantes consideraban que se pagaba mucho en impuestos) y el Partido Comunista (la mitad se quejaba de los impuestos). No es nada exagerado asegurar que los españoles están mucho más divididos en sus actitudes ante los impuestos ahora que en los primeros años del actual período democrático.

Centrémonos ahora en un tema que tenía fama de generar mucho consenso en la sociedad española: el estado de bienestar y los servicios públicos. En concreto, me voy a fijar en algo para lo que tenemos datos muy recientes, la preferencia por la sanidad pública, algo que después de estos años pandémicos ha ganado especial relevancia en la opinión pública. Si preguntamos a los españoles qué centro elegirían, público o privado, para acceder a un servicio sanitario, observamos que tanto en 2010 como en 2022 el apoyo a la sanidad pública es mayoritario y ha aumentado entre los votantes del PSOE, UP (respecto de los de Izquierda Unida) y el PP. En estos tres grupos de votantes han aumentado entre un 12 y un 15 por ciento los que prefieren la sanidad pública. Sin embargo, la irrupción de Vox lo cambia todo. Es el primer partido cuyos votantes están divididos a partes iguales entre los que prefieren la sanidad pública y la privada. Esto hace que mientras que la diferencia entre los dos extremos del espectro político en esta pregunta en 2010 era de 13 puntos (entre PP e Izquierda Unida), la mayor diferencia entre partidos en 2022 es de 32 puntos (entre UP y Vox). Si en políticas fiscales la diferencia se había multiplicado por tres, en la preferencia por la sanidad pública lo ha hecho por más de dos.

La comparación de las preferencias fiscales y sanitarias es reveladora porque en cada caso se ha movido uno de los bloques ideológicos, izquierda o derecha, desde aparentes consensos pasados. En el caso de los impuestos, por primera vez en cuarenta años, parece que los votantes de izquierda han dejado de pensar que los impuestos en España son altos. En el caso de la sanidad, por primera vez hay un grupo de votantes en el bloque de la derecha que no muestra una preferencia rotunda por la sanidad pública. La división política creciente de la sociedad española no responde a la radicalización de uno de los extremos, sino a la

configuración de dos bloques con identidades políticas contrapuestas. Como muestra, voy a detenerme en cuestiones relacionadas con los valores sociales que tienen un fuerte impacto sobre nuestra identidad personal.

Empezaré por un tema llamativo, al menos yo no me lo esperaba y no suele abrir telediarios. A nadie le sorprende que en la última década haya caído la proporción de personas que se consideran católicas. De hecho, el proceso de secularización, el paulatino abandono de signos, comportamientos y valores religiosos de la sociedad, es probablemente el primero de los cambios sociales que nos vienen a la cabeza cuando pensamos en la evolución de las sociedades modernas. Pues bien, en la última década, la caída en el número de católicos en España se ha concentrado en la izquierda y apenas ha afectado a la derecha. Tanto en 2010 como en 2022, aproximadamente nueve de cada diez votantes del PP se consideran católicos.⁹ En fuerte contraste, la caída entre los votantes del PSOE ha sido de 16 puntos (del 71 al 55 por ciento), y la de UP, de 25 puntos (del 44 por ciento de Izquierda Unida en 2010 al 19 por ciento de UP en 2022). La diferencia ha pasado de los 47 puntos entre PP e Izquierda Unida (IU) en 2010, hasta los 69 puntos entre PP y UP en 2022. La diferencia ha aumentado casi un 50 por ciento y nunca había sido tan alta en el pasado. En este caso, Vox no influye en esta diferencia, ya que se sitúa en un nivel más bajo de creyentes católicos que el PP (los católicos son ocho de cada diez de los votantes de Vox). En el caso de la religión, todo el movimiento se produce en la izquierda, especialmente en UP, en el que apenas quedan ya católicos declarados entre sus votantes. Declararse o no católico en una encuesta seguramente refleja otra serie de valores sobre los que, por desgracia, no tenemos datos para realizar una comparación tan nítida a lo largo del tiempo. Probablemente la identificación con la religión está relacionada con posicionamientos en el ámbito de

9. Los datos proceden de los barómetros de julio de 2010 y 2022 del CIS. En el primero no se distinguía entre católicos practicantes y no practicantes, mientras que en el segundo sí. Para realizar la comparación, agrupo las categorías de practicante y no practicante en 2022.

los valores y temas como el aborto, la sexualidad o incluso la educación. Pero más allá de la interpretación que le demos, el hecho es que la inmensa mayoría de los votantes de los dos principales partidos de la derecha sigue declarándose católica. En la izquierda, sin embargo, de los siete de cada diez votantes que se consideraban católicos en 2010, ya apenas quedan cuatro.

Siguiendo con el tema de los valores, hay uno que es central en las sociedades capitalistas contemporáneas: la creencia en la *meritocracia*, es decir, la creencia en que la posición económica de las personas depende de su «esfuerzo, educación y valía profesional», frente a la creencia de que esta posición se debe al «origen familiar, los contactos o la suerte».

Cuando se pregunta por esta cuestión, se suele utilizar una escala que va de 0 a 10, donde los valores más cercanos a 0 indican que la posición económica se debe al «esfuerzo y la valía» y los valores cercanos a 10 que más bien se debe a la «suerte y los contactos». En 2010, los votantes del PSOE y del PP se situaban ambos exactamente en el medio de la escala, no se inclinaban ni por la suerte y los contactos, ni por el esfuerzo y la valía como los causantes de la posición económica. Los de IU se situaban algo más cerca de la creencia en que nuestro destino está vinculado al origen familiar, los contactos y la suerte, pero con una puntuación aún bastante centrada. En 2022 todo ha cambiado. Las izquierdas se han movido hacia la creencia de que la posición económica se debe a la suerte y los contactos, los votantes del PSOE y de UP han aumentado un 20 por ciento esta creencia. En el caso de los de UP, nunca nadie antes en España creyó tan poco en el papel del esfuerzo a la hora de explicar la posición económica. Los votantes del PP se han movido hacia una mayor creencia en la meritocracia, pero es que, además, los de Vox aparecen con una creencia aún mayor en el esfuerzo personal. La diferencia entre extremos se ha más que cuadruplicado entre 2010 y 2022, y nunca antes fue tan alta. Si en los casos anteriores hemos visto que se habían movido bien las izquierdas o bien las derechas, en esta creencia acerca de la posición económica de las personas se han movido los dos bloques. Otra forma gráfica de verlo es que hoy más de dos de cada diez votantes de derechas creen que la posi-

ción económica de las personas se debe *sólo* al esfuerzo y la valía. Esta proporción se ha más que duplicado desde 2010. En cambio, entre los de izquierdas ya son más del 15 por ciento los que creen que la fortuna *sólo* se debe a la suerte y los contactos. Una proporción que también se ha multiplicado por más de dos en esta década larga.

He preferido comenzar por cuestiones económicas, como la intervención del Estado en la economía a través de los impuestos y la gestión pública de la sanidad, o cuestiones de creencias, como la religión o la creencia acerca del esfuerzo, para mostrar la profunda división partidista que se está produciendo en cuestiones tan diversas como éstas. Hay otras divisiones que no por conocidas dejan de sorprendernos cómo han evolucionado en los últimos años. Voy a detenerme ahora en una cuestión que ha sacudido profundamente la política española en la segunda década de este siglo: el modelo de Estado y la relación con las comunidades autónomas que lo componen. En concreto, voy a fijarme en la evolución de la preferencia por una mayor centralización administrativa del Estado. En el año 2010, aproximadamente la mitad de los votantes del PP apostaban por esta mayor centralización del Estado, más del doble que la proporción de los votantes del PSOE y cinco veces más que los de IU.¹⁰ En el año 2020, la proporción de los votantes del PP que apostaba por la recentralización se mantenía aún aproximadamente en la mitad, y en la izquierda esta preferencia por más Estado central había aumentado mínimamente entre los votantes de PSOE y algo más entre los de UP (con respecto a IU). Sin embargo, de nuevo, apa-

10. Para la comparación, utilizo aquí los barómetros del CIS correspondientes a las oleadas de enero de 2010 y febrero de 2020, últimas para las que tenemos estos datos. Cuando hablo de más centralización o recentralización me refiero a los que responden: «Un Estado con un único Gobierno central sin autonomías» y «Un Estado en el que las comunidades autónomas tengan menor autonomía que en la actualidad». Las otras posibles respuestas son: «Un Estado con comunidades autónomas como en la actualidad», «Un Estado en el que las comunidades autónomas tengan mayor autonomía que en la actualidad» y «Un Estado en el que se reconociese a las comunidades autónomas la posibilidad de convertirse en Estados independientes».

rece una nueva fuerza, Vox, cuyos votantes prefieren muy mayoritariamente la recentralización, en concreto dos tercios de ellos. La diferencia entre extremos, que era del 34 por ciento en 2010, es del 49 por ciento en 2020.

Algo parecido ha ocurrido con la identidad nacionalista española. En 2009, el porcentaje de votantes del PP, PSOE e IU que se consideraban solamente españoles o principalmente españoles era del 29, 19 y 11 por ciento, respectivamente.¹¹ El porcentaje de *nacionalistas españoles* entre los votantes del PP y del PSOE se mantuvo prácticamente sin cambios entre 2009 y 2020. Esto, unido al aumento del porcentaje de nacionalistas españoles entre los votantes de UP, podría haber reducido la diferencia entre partidos. Sin embargo, en esto, otra vez, Vox aparece con un 41 por ciento de *españolistas* en 2020. La diferencia entre extremos también ha aumentado en este caso. En términos de las preferencias acerca del Estado y la nación, ha aumentado considerablemente la división en torno a la recentralización del Estado y, en menor medida, los sentimientos nacionales de los votantes de los grandes partidos en los últimos años. Por supuesto, en esta última división hay que tener en cuenta que la principal ruptura en esta década se ha producido entre los votantes de los partidos nacionalistas, especialmente en Cataluña, y los de los partidos de ámbito nacional. Tendré tiempo de detenerme en estos cambios a lo largo del libro.

Los datos que he mostrado en estas páginas muestran que la sociedad española está hoy dividida en múltiples frentes de un modo en que no lo estaba hace apenas diez años. Me he centrado en cuestiones que no son tan obvias cuando hablamos de divisiones políticas (como los impuestos o la creencia en el esfuerzo) y para las que podemos mostrar de forma precisa el cambio en esta

11. Utilizo el barómetro poselector de las elecciones al Parlamento Europeo de 2009 y el barómetro de opinión pública de febrero de 2020. En concreto, me refiero a los votantes que se sienten «únicamente» españoles y a los que se sienten «más españoles» que de su comunidad autónoma. El resto de las categorías serían los que se sienten «tan españoles como de su comunidad autónoma», «más de su comunidad autónoma que españoles» o «únicamente de su comunidad autónoma».

década larga. Si nos fijáramos en otras cuestiones, como las creencias y preferencias sobre el cambio climático, la igualdad de género o la memoria histórica, las diferencias serían similares o mayores a las mostradas. La cuestión es qué ha pasado en el país para que se encuentre tan dividido ideológicamente en la actualidad. Por una parte, en los últimos quince años España ha sufrido una serie de cambios económicos y sociales que la han convertido en un país más pobre y desigual en comparación con los países de su entorno. Esto, sin duda, se halla en la base de muchos de los cambios ideológicos y políticos. Sin embargo, aunque volveré sobre esto a lo largo del libro, ahora quiero detenerme, aunque sólo sea someramente, en cómo, con el trasfondo de las crisis socioeconómicas, han sido los agentes políticos los que han dado pie a la actual división política y social.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

A este conjunto de divisiones ideológicas y emocionales que definen la política contemporánea es a lo que llamamos genéricamente «polarización política». En España nos encontramos en el período más polarizado de nuestra historia democrática reciente. Las propuestas ideológicas de los partidos nunca han estado tan lejos, los sentimientos mutuos nunca han sido tan negativos y los caladeros de votos de los contendientes nunca han sido tan diferentes. Vamos hacia un choque de bloques compactos entre los que ya apenas existen canales de comunicación. El centro, ese espacio político al que todos aspiraban, donde se ganaban las elecciones, se da de nuevo por muerto y una inmensa falla simbólica divide profundamente a izquierdas y derechas. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué algunos estudios sitúan a España entre los países políticamente más polarizados del mundo? ¿Por qué sentimos que ha crecido tanto la polarización en los últimos años?

La respuesta a estas preguntas es simple: los propios partidos políticos, y las nuevas escisiones surgidas a partir de ellos, han vuelto a poner la ideología en el centro del debate público español. Como no me cansaré de repetir a lo largo del libro, la polari-

zación no surge de la nada, se hace. De hecho, antes de explicar por qué han aumentado tanto las divisiones, convendría reflexionar un momento sobre por qué las diferencias en el año 2010 eran tan pequeñas. Por qué España llegó a la Gran Recesión de 2008 tan poco polarizada ideológicamente.

Mi interpretación es que, desde la transición a la democracia en los años setenta y ochenta del siglo pasado, la política española estuvo obsesionada con la estabilidad del sistema, sostenida sobre un conjunto de alianzas partidistas e ideológicas transversales que aseguraban la estabilidad política y la inclusividad de un amplio abanico de opciones políticas moderadas. Lo hemos visto en algunas de las variables mostradas más arriba, la actitud de los votantes del Partido Comunista de la década de 1980 o la de los de Izquierda Unida de los años noventa no era muy distinta a la posición de los votantes del Partido Popular de la época. Esta escasa distinción ideológica hizo que la inmensa mayoría de los actores políticos participara en acuerdos transversales durante esos treinta años, desde los grandes partidos nacionales de izquierda y derecha, hasta la amalgama de fuerzas regionalistas y nacionalistas. Aun existiendo cierta diversidad, ninguna opción planteaba reformas radicales del sistema. Para ser justos, habría que señalar que hubo un actor político que no participó de este juego de alianzas, la izquierda *abertzale* vasca, bien por su autoexclusión, o bien por el aislamiento al que fue sometida por la mayoría de las fuerzas políticas.

Esta búsqueda de la estabilidad a toda costa saltó por los aires con el largo período de crisis económica de entre 2008 y 2013, y los continuos relatos de fin de época que la acompañaron. En esos años, primero la izquierda del 15-M, Podemos y el actual PSOE, y después el centro y la derecha de Ciudadanos y Vox emprendieron de forma consciente sendas oleadas de polarización política del país que dejan un panorama ideológico como el que he mostrado en las páginas anteriores. Todavía no existe un gran libro de historia que describa este proceso de vuelta a la ideología y, por tanto, de polarización de la política española, pero las pruebas que tenemos acerca del impulso consciente que dieron los propios partidos hacen que este relato sea

bastante evidente. Los lemas más conocidos del Movimiento 15-M, que desembocó en Podemos, suponían una enmienda a la totalidad al sistema político *pactista* que inauguró la transición a la democracia de las décadas de 1970 y 1980. En las calles se oían los «no nos representan», «lo llaman democracia y no lo es» o «nuestros sueños no caben en vuestras urnas». Al mismo tiempo, se hacía un llamamiento explícito a la vuelta a la ideología, en concreto, a la vuelta a la izquierda con frases como: «¿Dónde está la izquierda? Al fondo a la derecha».¹² La izquierda se rearmó ideológicamente y, tras la convulsión en el PSOE de los años 2016-2017, alcanzó el poder en 2018, dando lugar en 2019 al primer Gobierno de coalición del presente período democrático español, que no sólo incorporaba por primera vez a un partido a la izquierda del PSOE, sino que ha cimentado durante estos últimos años una sólida mayoría de izquierdas y fuerzas nacionalistas e independentistas.

La reacción de la derecha no se hizo esperar y, crisis política catalana mediante, se abrió paso lo que algunos han identificado como el *despertar del nacionalismo español*.¹³ A partir de 2017, y después de muchos años, numerosos balcones españoles volvieron a llenarse de banderas nacionales por motivos políticos y no sólo por eventos deportivos, como había sido el caso durante décadas. Un año más tarde, la entrada de Vox en el Congreso de los Diputados y en los parlamentos autonómicos rompió aquella excepción española de ser uno de los pocos grandes países europeos donde la extrema derecha no tenía representación parlamentaria. La rompió, además, con fuerza, situándose como tercera fuerza política en noviembre de 2019 y siendo el partido más votado en la Región de Murcia y la Ciudad Autónoma de Ceuta. Si las frases del 15-M que hereda Podemos eran elocuentes del giro a la izquierda, las frases de Vox no lo son menos del

12. Para una recopilación de estas frases, véase: <<http://www.movimiento15m.org/2013/07/las-frases-y-lemas-del-movimiento-15m.html>>.

13. Véase: Sánchez-Cuenca, Ignacio, «La anestesia democrática del nacionalismo español», *CTXT*, 18 de abril de 2018, <<https://ctxt.es/es/20180418/Firmas/19083/nacionalismo-España-Ignacio-Sanchez-Cuenca-Catalunya.htm>>.

giro a la derecha. Del mismo modo que Podemos había atacado con fuerza la moderación del PSOE, Vox tildó muy pronto al PP de *derechita cobarde* y arremetió repetidamente contra el carácter *totalitario del consenso progre*.

La polarización ha sido de este modo un proceso consciente, diseñado desde la cúpula de los partidos y que ha creado un clima de división ideológica en la sociedad que no existía a finales del siglo xx, ni siquiera en la primera década de nuestro siglo. Hay quien dirá que la crispación empezó antes, en la última legislatura de Felipe González o en la primera de José Luis Rodríguez Zapatero, pero esa crispación no se dio en un clima de división ideológica del país. Ésa es la novedad actual y el cóctel que hace la situación presente especialmente explosiva, la combinación de una profunda polarización ideológica con la crispación de la política que apela a los sentimientos y las emociones. Más adelante llamaré a esto la *tormenta perfecta de la polarización*. Algunos han considerado el período de gobierno de Rodríguez Zapatero como un ensayo general de la polarización política que vendría después. Pero, como he mostrado, en 2010 todavía los votantes del PSOE y el PP estaban de acuerdo en un buen número de políticas. Las élites podrían estar polarizadas en ese momento, pero la división aún no había calado en la ciudadanía.

A pesar de la mala prensa que tiene la palabra *polarización*, este proceso de división y de rearme ideológico de la política española no fue necesariamente negativo. En realidad, partía de la demanda de amplios sectores de la sociedad española a ambos lados del espectro ideológico, que, a comienzos de la segunda década del siglo, demandaban una mayor representación de sus ideas y anhelos políticos, y un mayor control de los políticos que decían representarlos. La división ideológica surge en un contexto en el que buena parte de los ciudadanos estaban cansados de asistir al espectáculo cotidiano de las noticias sobre los grandes casos de corrupción de las principales fuerzas políticas del sistema. La polarización ideológica venía también a incrementar la transparencia en la formulación y puesta en marcha de proyectos y políticas concretas. Es el momento en el que el activismo entra en el Congreso de los Diputados denunciando la profesionalización de la política

a través de unas *castas* que no representaban al conjunto de los ciudadanos. La consecuencia de todo esto es que la oferta política se amplía, los ciudadanos pueden elegir entre un abanico mucho más amplio de opciones políticas, pero esto, a su vez, genera unos parlamentos más fragmentados, más ideologizados, que encuentran más dificultades para llegar a acuerdos transversales.

La polarización no es sino la otra cara del proceso de ampliación de la oferta política en España, y esto ha pillado por sorpresa a ciudadanos y comentaristas políticos. Nos está costando aceptar que el precio que pagar por una mayor diversidad ideológica es el aumento del bloqueo político y las crisis institucionales ocasionales. No se puede tener todo: diversidad y estabilidad. O sí, pero a esto ya llegaré más adelante en el libro.

Por tanto, algo que no me cansaré de repetir es que lo que llamamos polarización es un proceso de alineamiento de las fuerzas políticas. Primero se da el rearme ideológico de los partidos y la separación de sus votantes en un proceso de creación de organizaciones políticas más homogéneas por dentro y más diferentes entre sí. Tras esto, asistimos a un proceso de *radicalización* de la ciudadanía en torno a nuevas identidades mucho más ideológicas que la identificación con los grandes partidos que podía existir en España a comienzos de siglo. Hay que tener en cuenta que, aunque existió la voluntad de configurar nuevas formaciones políticas ideológicamente más definidas y transparentes, este proceso tuvo mucho de experimentación, de prueba y error, en el que los nuevos partidos políticos no han dejado de dar bandazos debido a su juventud y falta de experiencia. Además, el trasfondo social tampoco ha sido nada estable. A las consecuencias sociales de la Gran Recesión las siguieron el proceso soberanista en Cataluña, la pandemia de la COVID-19 o las consecuencias de la guerra de Ucrania, en las que aún nos hallamos inmersos. El nuevo sistema político sigue siendo tan inestable que, en el momento que escribo estas líneas, se habla de la posible irrupción de un nuevo partido de derechas como escisión de Vox,¹⁴ y la vicepresidenta se-

14. Se trata del incipiente movimiento iniciado por Macarena Olona tras abandonar Vox. Véase: García Abadillo, Casimiro, «Olona: “Tras las municipa-

gunda del Gobierno, Yolanda Díaz, acaba de presentar una nueva plataforma progresista, distinta a Unidas Podemos, bajo el nombre de *Sumar*.¹⁵

Todo este relato comparte algunas características con lo ocurrido en otros países europeos y en Estados Unidos, aunque la forma concreta que ha adoptado el proceso de polarización política ha sido distinta en cada país. En el país norteamericano, por ejemplo, el impulso polarizador vino de dentro de los propios partidos, mientras que en el caso de España ha sido una combinación de presiones en los márgenes de los partidos y de la reacción de los grandes partidos ante estas presiones. El Movimiento 15-M revolucionó el panorama político de la izquierda y dio lugar a una formación política, Podemos, que estuvo a punto de convertirse en el primer partido de la izquierda española. Pero este movimiento produjo, a su vez, un movimiento importante en el PSOE, que se ha ido configurando en los últimos años como un partido más homogéneo ideológicamente y con mayor rai-gambre entre el electorado de izquierdas. En la derecha ha ocurrido lo mismo, tanto Ciudadanos como Vox han supuesto revulsivos importantes entre los electorados liberal y conservador, tradicionalmente atendidos por el PP, que a su vez ha sufrido varias convulsiones hasta volver a situarse como el referente del centroderecha de forma sólida. Todas estas transformaciones solidificaron en los dos bloques ideológicos que se enfrentan actualmente en la política española a través de dos catalizadores, la moción de censura de junio de 2018 y el Gobierno de coalición de izquierdas un año y medio más tarde. A partir de estos dos hitos, se ha consolidado la división ideológica entre los españoles, que no supone sólo una confrontación electoral y pragmática sobre quién gana las elecciones y gestiona el país, sino que proyecta una división social como no habíamos visto desde hace bastantes décadas.

les, diré si doy un paso al frente”», *El Independiente*, 22 de septiembre de 2022, <<https://www.elindependiente.com/espana/2022/09/22/olona-tras-las-municipales-dire-si-doy-un-paso-al-frente/>>.

15. Véase: <<https://sumarfuturo.info/>>.

De las ideas a las emociones

He querido empezar mi relato sobre la creciente división política en España por la parte que menos se ve de la polarización: el alineamiento de las divisiones ideológicas y políticas de los españoles con otras divisiones sociales, como la religión o las preferencias por determinadas políticas públicas. Otros comienzan por la parte más visible del conflicto político contemporáneo: el aumento de los malos modos en la política, los insultos, la deslegitimización o deshumanización del adversario político, la falta de acuerdo o la crispación. De todo me ocuparé más adelante, pero antes quiero dejar claro por qué empiezo por las diferencias ideológicas y sociales. Los malos modos en política son especialmente dañinos en situaciones donde la población está dividida en identidades políticas enfrentadas. El problema no es la competición partidista, incluso cuando ésta adopta un tono bronco y desagradable, sino que, si la sociedad está dividida en bloques homogéneos en términos ideológicos y sociales, la bronca se magnifica y alcanza cuestiones personales, lo que llamaré en el tercer capítulo la *identidad personal*. Las divisiones ideológicas crean el trasfondo adecuado para que los partidos políticos pongan el foco en la identidad, en el *nosotros frente a ellos*. Hoy la sociedad española está mucho más preparada para el conflicto de identidades, entre las izquierdas y las derechas, por ejemplo, que hace una década. La política partidista se está erigiendo en este contexto en una parte central de nuestras identidades, y esto magnifica muchas tendencias psicológicas y sociales. Por ejemplo, numerosos estudios han mostrado que la polarización disminuye el deseo de llegar a compromisos, reduce de igual modo el efecto de la información objetiva sobre la formación de nuestras opiniones, aumenta todo tipo de desigualdades sociales e incluso puede contribuir a empeorar la situación económica.¹⁶ En última instancia, el problema es que, en un país profundamente dividido, la política ya no va de alcanzar los mejores resul-

16. Mason, Lilliana, *Uncivil Agreement: How Politics Became Our Identity*, Chicago University Press, Estados Unidos, 2016.

tados colectivos, sino que va de *ganar*. El objetivo es que los nuestros ganen, aunque eso tenga un coste para toda la sociedad. Las victorias no son sobre nuevas conquistas individuales o sociales, sino fundamentalmente sobre quién gana la partida.

Una vez que la política va de identidades es muy difícil revertir esta tendencia, porque los humanos estamos diseñados para el conflicto. En realidad, desde un punto de vista psicológico, los humanos somos víctimas de dos pulsiones que podrían parecer contradictorias: la pulsión de la inclusividad y la de la exclusividad. La formación de identidades políticas excluyentes nos permite satisfacer al mismo tiempo estas dos pulsiones. Nos sentimos parte de un grupo político homogéneo y, al mismo tiempo, excluimos a esos adversarios políticos que ahora se convierten en nuestros enemigos. En última instancia, se alcanza una situación en la que preferimos un mal generalizado si nuestros enemigos están aún peor. Todo va de quién gana y quién pierde.

La evidencia que tenemos acerca de un incremento de la confrontación política en el campo de los afectos y las emociones en España es limitada, pero cuando existe apunta en la misma dirección de las diferencias ideológicas mostradas más arriba. Una de las pocas comparaciones que podemos hacer es sobre los sentimientos que despiertan los líderes de los distintos partidos entre los ciudadanos. Desde el año 2011, ha aumentado la diferencia entre los sentimientos positivos que tenemos hacia los líderes de los partidos con los que nos identificamos y los sentimientos que nos despiertan los líderes de otros partidos con los que no nos identificamos. En concreto, esta diferencia aumentó un 30 por ciento entre 2011 y 2015, y, aunque en 2019 había bajado algo este indicador de polarización, seguía siendo más de un 20 por ciento mayor que en 2011.¹⁷ De hecho, la mayor diferencia de los últimos veinticinco años entre los sentimientos que nos despiertan líderes propios y ajenos se da en las elecciones de 2015 y abril

17. Sobre la estimación de la polarización afectiva en España, véase: Torcal, Mariano; y Comellas, Josep M., «Affective polarization in Spain in comparative perspective», *South European Society and Politics*, 27, 1 (2022), pp. 1-26, <<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13608746.2022.2044236>>.

de 2019. En una década donde las diferencias ideológicas y sociales han aumentado tanto, también lo ha hecho la confrontación en el plano de los sentimientos. No sólo se están configurando dos bloques político-ideológicos con los que los ciudadanos se encuentran cada vez más identificados de forma exclusiva, sino que está incrementándose la animadversión sentimental entre los dos bloques.

No somos una isla

La creciente división ideológica y emocional en la política española no es una excepción en el contexto internacional. Valgan cinco ejemplos recientes. El jueves 23 de junio de 2016, un 52 por ciento de los participantes en el referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea vota a favor de abandonar la Unión y un 48 por ciento vota a favor de la permanencia. Desde ese momento, la política británica quedaba profundamente dividida, los cambios de gobierno no han dejado de sucederse, la economía británica se llena de nubarrones en 2023 y las encuestas pronostican que el Partido Conservador, defensor del Brexit, se hundirá electoralmente como nunca antes. El miércoles 6 de enero de 2021, seguidores del todavía presidente saliente, Donald Trump, asaltan y ocupan durante varias horas la sede del Congreso de Estados Unidos. Este asalto le puso cara a algo de lo que cada vez se habla más abiertamente en el país norteamericano: la posibilidad de un conflicto civil que enfrente a los dos bandos ideológicamente opuestos. El jueves 1 de septiembre de 2022, un atacante intenta disparar en plena calle contra la vicepresidenta de Argentina, Cristina Kirchner. Todos los comentaristas culpan a la extrema polarización que se ha instalado durante décadas en el país y que se conoce popularmente como la *grieta*. El domingo 4 de septiembre de 2022, un 62 por ciento de los participantes rechazan el texto de la nueva constitución propuesta por la convención nacional en Chile. La principal conclusión de este rechazo, también entre los partidarios del presidente progresista Gabriel Boric, es que la nueva

propuesta de constitución era demasiado de izquierdas para la mayoría del electorado chileno. Finalmente, el domingo 30 de octubre de 2022, el candidato Jair Bolsonaro alcanza, contra pronóstico, más del 49 por ciento del voto en las elecciones presidenciales en Brasil. A pesar de la victoria de Lula da Silva y el cambio democrático de gobierno, el país más poblado de Sudamérica queda dividido en dos ideologías políticas enfrentadas que amenazan con cuestionar los resultados electorales y la propia legitimidad del sistema democrático. Estos cinco hechos responden a países y situaciones históricas muy distintas, y, sin embargo, todos han sido señalados como ejemplos de lo que hoy llamamos polarización política. Desde luego, España no es una isla y lo que voy a contar en este libro tiene su reflejo en muchos otros países y territorios del mundo. Nos enfrentamos a una nueva etapa de la historia en la que la clave es la división política y social. Es la época de la *grieta*, como la han apodado gráficamente los argentinos.